

2. Ana Laura Bochicchio *

Maternidad republicana durante la Guerra Fría en Estados Unidos: amas de casa, anticomunismo y racismo

ABSTRACT

Este artículo se centra en la ambivalencia que envuelve al concepto de “maternidad republicana” en los Estados Unidos, donde la hegemonía blanca impuso un modo de significar el rol político de las mujeres a partir de su domesticidad, habilitándolas, sin embargo, a acompañar la política pública (ámbito masculino por excelencia) con su participación ciudadana a partir de la membresía y actividad en organizaciones femeninas. Al mismo tiempo que toda esta lógica reproducía los lugares de género tradicionales y perpetuaba a las mujeres en su rol de ama de casa y madres, específicamente durante las décadas de 1950 y 1960 en un contexto de Guerra Fría, este interés les permitía a las mujeres anticomunistas y segregacionistas encontrar un importante margen de

acción política a través de su participación en agrupaciones conservadoras tradicionales o de extrema derecha. El imaginario de la maternidad republicana se resignifica como un llamado imperativo a la “limpieza” tanto doméstica como social en un contexto de extremo anticomunismo a nivel social. Desde la participación en agrupaciones civiles, muchas mujeres conservadoras de clase media sintieron estar combatiendo los peligros de su época desde su rol de “buenas madres” y “buenas ciudadanas” al mismo tiempo que colaboraban en el sostenimiento del orden racista estadounidense.

Palabras Clave: Estados Unidos, anticomunismo, racismo, maternidad, mujeres.

This article focuses on the ambivalence involved in the concept of “republican motherhood” in the United States, where white hegemony imposed a way of signify the political role of women based on their domesticity, enabling them, however, to join public policy (male field par excellence) and citizen participation from its membership and activity in women’s organizations. At the same time that this logic reproduced traditional gender roles and perpetuated women as housewives and mothers, specifically during the fifties and sixties in a Cold War context, this interest

*Instituto Interdisciplinario de Estudios e Investigaciones de América Latina. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
bochicchio.ana@gmail.com

allowed Anti-communist and segregationist women to find a significant margin for political action through their participation in traditional conservative or far-right groups. The imaginary of the republican motherhood is resignified as an imperative call of both domestic and social "cleaning" in a context of extreme anti-communism at the social level. Participating in women's civil groups, many middle-class conservative women felt they were fighting the dangers of their time from their role as "good mothers" and "good citizens" at the same time that they collaborated in the support of the racist American order.

Key Words: United States, anti-communism, racism, motherhood, women

"No existe un rol más puro que ustedes pueden jugar en la defensa de la democracia y de nuestro modo de vida americano que el de esposa, madre y ama de casa".

Margaret Chase Smith

Introducción

Luego de la Segunda Guerra Mundial, específicamente durante la década de 1950, en Estados Unidos se incrementó la aparición de diferentes agrupaciones de extrema derecha racista, tales como partidos neonazis, el Ku Klux Klan, milicias paramilitares anticomunistas y congregaciones de derecha cristiana. En su conjunto, estas organizaciones compartían una ideología antisemita por medio de la cual entendían que

el comunismo era consecuencia de una conspiración judeo-bolchevique. En tal sentido, concebían todas las crisis sociales que atravesaba el país como consecuencia del accionar deliberado de estos conspiradores que, infiltrados en el gobierno y la sociedad estadounidense, pretendían destruir el "estilo de vida americano".

Este fenómeno se daba concretamente en el contexto socio-político de la Guerra Fría iniciada entre Estados Unidos y la Unión Soviética en la inmediata segunda posguerra. Por un lado, el conflicto bipolar trajo consigo el recrudecimiento de un violento anticomunismo que se arraigó con fuerza en todas las áreas de la sociedad. Esto significó que existiese un elevado grado de rechazo cultural hacia el comunismo, el cual estuvo acompañado del temor a la infiltración doméstica del enemigo rojo tanto en el poder político como entre los ciudadanos. A nivel oficial, el aspecto más extremo de este imaginario del "enemigo interno" se consolidó en la figura del Senador Joseph McCarthy (Republicano- Wisconsin), quien entre los años 1950 y 1954 acusó de infiltración comunista al partido demócrata y al Departamento de Estado:

Obviamente la administración demócrata no reconoce el hecho de que el Partido Comunista, con el fin de lograr su objetivo más efectivamente, estuvo empleando la técnica de infiltrar nuestro gobierno para dar forma a nuestra política internacional. No se tomó ninguna medida para remover a los elementos comunistas del gobierno. En lugar de ello, quienes hacen que la política estadounidense encaje con los

propósitos soviéticos fueron promovidos a una posición de mayor poder.¹

Al no referirse a nadie en concreto, McCarthy reforzaba el temor de que cualquiera podía ser un traidor. Pero aún más, el Senador colaboró con que dicho temor se des-racionalizara con mayor vehemencia al acusar a la cúpula política de infiltración, tal como también lo hacía la extrema derecha. En consecuencia, el McCarthy reflejaba el imaginario anticomunista norteamericano, el cual tenía características irracionales y paranoides que tendían a sobrestimar el avance soviético. En Estados Unidos la posibilidad efectiva de que el Partido Comunista obtuviera el poder en el país era un temor infundado debido a que su número de miembros era bajo y además existía un rechazo social general hacia tal ideología.²

Un pánico tan irracional fue consecuencia de lo que Tom Engelhardt denomina desesperación triunfalista, es decir la ansiedad generada por el triunfo no consumado plenamente y por las ansiedades de la posible destrucción nuclear.³ El hecho fue que Estados Unidos salió victorioso de la Segunda Guerra Mundial a la par que la Unión Soviética, la cual pasó a disputarle la hegemonía global apelando a todos los valores opuestos a la doctrina del excepcionalismo norteamericano. A grandes rasgos, ésta supone que los Estados Unidos han sido un país destinado por la Historia y

por la Gracia divina a conformar un sistema de gobierno republicano y un estilo de vida liberal que se constituiría en un modelo moral para el resto del mundo – imperialismo mesiánico. El hecho de que una potencia con valores contrarios al capitalismo, al sistema democrático, a la religión cristiana y al individualismo haya sido capaz de imponerse como un oponente de alto rango, significó una crisis de identidad muy fuerte entre la sociedad estadounidense. Por lo tanto, impedir el avance soviético era también impedir la caída de los principios que definían al imperialismo norteamericano. Así, el anticomunismo adoptó también un carácter mesiánico y maniqueo.

Por otra parte, a este conflicto se le sumó otra cara que afectaba especialmente a la identidad hegemónica blanca norteamericana: la lucha de los afroamericanos por la obtención de los Derechos Civiles. Desde la década de 1950, éstos intensificaron las medidas para acabar con la segregación racial. La Guerra Fría constituyó una coyuntura propicia para ello debido a que Estados Unidos debía encarar una limpieza de su propia imagen ante la opinión pública mundial. La legislación segregacionista Jim Crow⁴ era la mancha más oscura del sistema “democrático-liberal” norteamericano y, por lo tanto, contradecía la imagen internacional que Estados Unidos

¹ Joseph McCarthy. *The Fight for America*; New York, The Devin-Adair Company, 1952, página 8. Las traducciones del inglés al español son propias.

² El PCUSA, que contaba con 79.000 miembros en 1944, pasó a tener 23.000 miembros en 1954. Ver Larry Ceplair. *Anti-Communism in Twentieth-Century America*; Santa Bárbara, Praeger, 2011, página 102.

³ Tom Engelhardt. *El fin de la cultura de la victoria. Estados Unidos, la Guerra Fría y el desencanto de una generación*; Barcelona, Paidós, 1997, página 27.

⁴ Las leyes Jim Crow fueron un conjunto legislativo aplicado en el Sur estadounidense desde la década de 1870. El mismo promovía la segregación racial de blancos y negros en toda institución y espacio público bajo el principio de “separados pero iguales”.

quería mostrar frente al enemigo “totalitario” soviético.

De todos modos, la estrategia de integración racial resultó ser un arma de doble filo. La cuestión de los Derechos Civiles se relacionó entre los sectores segregacionistas con la sospecha de que todos los problemas sociales estaban fomentados por el comunismo, incluso los conflictos raciales.⁵ En una sociedad hegemónicamente blanca, la cual fue construida y sostenida desde un racismo que vinculaba biológicamente a la raza blanca con la nación excepcional, la población blanca más conservadora sentía que una doble amenaza roja y negra afectaba su *statu quo*. Esto mismo condujo a que amplios sectores de la misma se volcaran hacia tendencias de extrema derecha racista ante la sensación de “desposesión”. Dicho concepto fue acuñado por Daniel Bell en 1962 para referirse a las porciones de la población blanca nativa que se sentían amenazadas por los rápidos cambios que estaba atravesando el país y que, por lo tanto, creían estar perdiendo su *status* social privilegiado.⁶

Por otro lado, en esta coyuntura la institución familia experimentó cambios cualitativos principalmente entre las clases medias y medias-altas como consecuencia de un *baby boom* sin precedentes. Al mismo tiempo se

modificó el tradicional estilo habitacional, pasando ahora a ser los suburbios el principal centro geográfico de las clases medias estadounidenses. Es interesante resaltar que como sugiere Laura McEnaney, el modelo de familia construido en la década de 1950 fue un invento socio-político destinado a enfrentar un nuevo tipo de guerra, que era más bien cultural y que buscaba mostrar como superiores los valores familiares y de consumo norteamericanos ante el resto del mundo – en busca de imponer culturalmente al sistema capitalista.⁷

En cualquier caso, el nuevo modelo industrial de familia suburbana⁸ que se podía dar lujos económicos al mismo tiempo que estaba civilmente militarizada – es decir, vigilante y consciente de los peligros atómicos –, no rompía los roles tradicionales de género: “lo que surgió de esta feminización de la defensa civil no fue más que un movimiento militarista-maternal de mujeres que trabajaba tanto colaborando con el gobierno como independientemente de él para propagar el evangelio de la protección doméstica, el anticomunismo y el «poder femenino»”.⁹

No caben dudas, pues, de que las mujeres blancas y conservadoras de clase media jugaron un papel central dentro de la Guerra

⁵ Es interesante notar que el mismo FBI se adhería a esta visión ya que entendía que el accionar negro respondía a la estrategia subversiva comunista que explotaba la conflictividad racial en pos de generar caos interno en los Estados Unidos.

⁶ Daniel Bell. “The Dispossessed”, en Daniel Bell (ed.), *The Radical Right*; New Brunswick, Transaction Publishers, 2008, páginas 1-45.

⁷ Laura McEnaney. *Civil Defense Begins at Home: Militarization Meets Everyday Life in the Fifties*; Princeton, Princeton University Press, 2000, página 70.

⁸ Resulta necesario aclarar que la población negra estaba excluida del modo de vida en los suburbios durante este periodo, aún en los lugares donde no existía la segregación legislativa. Ver Elaine Tyler May. *Homeward Bound: American Families in the Cold War Era*. Nueva York: Basic Books, 2008, páginas 10-11.

⁹ Laura McEnaney. *Civil Defense Begins...*, op. cit., página 89.

Fría doméstica. El mismo Estado se encargó de fomentar la vigilancia ciudadana para combatir y contener el peligro interno de infiltración comunista. Como parte de quienes se sentían convocados por este llamado al “ciudadano vigilante”, muchas mujeres se organizaron en asociaciones civiles que les permitían formar parte de la cruzada anticomunista. De igual modo, la integración racial era otro problema que muchas organizaciones de mujeres blancas sentían que debían enfrentar ya que se relacionaba con los mismos temores que las afectaban en relación al cuidado de sus familias, sobre todo desde 1954, año en que la Corte Suprema prohibió la segregación escolar en las escuelas públicas por medio del fallo *Brown v. Board of Education*.

No resulta extraño, pues, que un importante sector de mujeres de clase media/alta y blancas – pertenecientes al sector hegemónico de la sociedad estadounidense – se volcaran también de un modo u otro a la ideología de extrema derecha. De hecho, existieron agrupaciones conservadoras sumamente racistas y anti-integracionistas que guiadas por el imaginario de la conspiración judeo-bolchevique agruparon a mujeres en diferentes regiones del país.

Un ejemplo de las reacciones anti-integracionistas civiles femeninas fue la *Women for Constitutional Government*,¹⁰ fundada en 1962 en Mississippi bajo el liderazgo de Florence S. Ogden. El objetivo de la organización era evitar el ingreso de estudiantes negros en la universidad estatal y

evitar la intromisión del Estado federal en lo relativo a la legislación Jim Crow. Estaban convencidas de que su rol como mujeres era el de “preservar la calidad de vida de sus hijos – vida, libertad y la búsqueda de la felicidad” ya que “las mujeres son capaces de empuñar un poder ilimitado, especialmente cuando el bienestar de sus hijos está amenazado”.¹¹ Desde la reproducción de la cultura de la familia tradicional, Ogden aseguraba que la segregación racial suponía la preservación de la raza blanca y la cultura cristiana.

Por su parte, una de las agrupaciones de mujeres más conservadoras fue la *Minute Women*, fundada en 1949 por Suzanne Stevenson en Connecticut y que luego se expandió a nivel nacional, teniendo fundamental importancia en Texas, donde comenzó a funcionar en 1951. La organización estaba segregada y era profundamente nativista ya que sólo permitía la membrecía de ciudadanas norteamericanas. Su intención era luchar contra el comunismo fomentando el voto femenino y la defensa del modo de vida americano al mismo tiempo que difundía publicaciones conservadoras y antisemitas. Del mismo modo, *United Daughters of Confederacy*¹² fue una de las asociaciones femeninas más radicales al defender la segregación y la restauración del orden sureño previo a la Guerra Civil.

Por otra parte, desde 1946 se formó un culto denominado *Christian Identity*,¹³ el cual profesa una teología antisemita que fue capaz de colocarse por encima de las diferentes

¹⁰ Mujeres por el Gobierno Constitucional.

¹¹ Elizabeth Gillespie. “White Womanhood, White Supremacy, and the Rise of Massive Resistance”, en Clive Webb (comp.), *Massive Resistance: Southern*

Opposition to the Second Reconstruction; Nueva York, Oxford University Press, 2005, páginas 181-196.

¹² Hijas Unidas de la Confederación.

¹³ Identidad cristiana.

tendencias extremistas como una suerte de superestructura teológica. Como tal brinda explicaciones trascendentales a la situación mundial al explicar el origen del mal en el mundo, su vínculo con el comunismo y el rol mesiánico de los Estados Unidos en la batalla escatológica entre los elegidos de Dios y del Diablo - Estados Unidos y el “judeo-comunismo” respectivamente. La sede principal del culto hasta la década de 1970 se ubicaba en Los Ángeles ya que allí centró su carrera Wesley A. Swift, el ministro que desarrolló la primitiva teología *Identity* desde la *Church of Jesus Christ Christian*.¹⁴ Es notorio que el pastor realizara encuentros ante agrupaciones de extrema derecha al mismo tiempo que ante el *Friday Morning Club* y el *Hollywood Women’s Club*,¹⁵ ambas agrupaciones de mujeres blancas conservadoras que no necesariamente practicaban activamente una política de extrema derecha concreta.¹⁶

La clave por la cual estas mujeres se identificaban con una supremacía blanca de este tipo puede encontrarse en el modelo femenino culturalmente construido en los Estados Unidos desde la época independentista, el cual puede ser denominado como “maternidad republicana”. Este imaginario, que incentivaba el rol de “buena madre” y guardiana de las “buenas conductas” cobra una resignificación de singular importancia a mediados del siglo XX. Muchas mujeres tradicionalistas sentían que, debido a su rol como madres, ellas poseían una importancia especial a la hora de

defender los valores familiares que el comunismo supuestamente ponía en jaque. Al presentarse de tal forma, entonces, estas mujeres no dejaban de ser señoras respetables de la comunidad. Al contrario, su imagen de “buenas ciudadanas” se incrementaba.

Claramente, toda esta lógica reproducía los lugares de género tradicionales y perpetuaba a las mujeres en su rol doméstico. Sin embargo, este interés les permitía a las mujeres de rama conservadora encontrar cierto margen de acción política y un lugar de pertenencia ajeno a la familia, pero en pos del bienestar de esa misma familia. Así, pudieron sumarse a la lucha anticomunista mediante la participación en organizaciones locales como clubes que fomentaban principalmente la moralidad comunal y la educación femenina en asuntos políticos.

Se puede observar así la máxima contradicción en la que se encontraban insertas las mujeres en Estados Unidos. Como bien explica Linda Kerber,

la ideología de la maternidad republicana tenía limitaciones; preveía un contexto en el que los escépticos podían fácilmente sostener que las mujeres debían contentarse con mantener este rol político permanentemente y no debían desear mayor participación. Para una mujer, la maternidad republicana puede significar una extensión de vistas; para otra puede resultar asfixiante. La relación ambivalente entre la maternidad y la ciudadanía es uno de los legados más

¹⁴ Iglesia de Jesús Cristo Cristiana.

¹⁵ Club del Viernes a la Mañana y Club de Mujeres de Hollywood.

¹⁶ FBI File # 94-388. En <https://www.fbi.gov/> Consultado el 10 de diciembre de 2018.

duraderos y paradójicos de la generación revolucionaria.¹⁷

Este artículo se centra en esta ambivalencia, la cual ha generado una paradoja a lo largo de la historia norteamericana, por la cual las mujeres hasta mediados del siglo XX han obtenido participación política principalmente desde el fomento de organizaciones civiles comprometidas con las diferentes necesidades socio-políticas coyunturales. Si bien lo hacían desde un lugar de domesticidad, al mismo tiempo entendían su rol como una contribución al bien público. Por eso mismo resulta clave resaltar que los límites entre lo público y lo doméstico – que parecen estar tan bien definidos y separados por la doctrina de las esferas separadas – son en realidad elásticos y es esa elasticidad la que otorga a las mujeres un margen de acción desde el cual pueden actuar aún desde el más acérrimo conservadurismo político y cultural. En el fondo, al mismo tiempo que fomenta su rol de ciudadanas, la maternidad republicana puede llegar a ser una manera de relajar la imposición del cuidado doméstico, al permitir una salida del hogar, aunque sea por medio de organizaciones que buscan cuidar ese mismo hogar.

La conformación de organizaciones civiles es capaz de remarcar esta paradoja ya que al mismo tiempo que buscan actuar en paralelo con las necesidades del gobierno, también justifican su existencia como un método de contención de los posibles abusos de éste (lo

privado evitando la invasión excesiva de lo público). En ese sentido, en 1954 durante un discurso ante la *General Federation of Women's Club*,¹⁸ Theodore S. Chapman afirmó que “no existe una expresión más clara del proceso democrático que las organizaciones voluntarias. Ellas constituyen libres canales de comunicación y cooperación y son garantías esenciales de la libertad”.¹⁹

Maternidad republicana y Guerra Fría

Desde la Guerra de Independencia y la posterior conformación nacional, las mujeres en Estados Unidos estuvieron significadas por un imaginario nacionalista que las representa como un elemento central en la construcción de nuevos ciudadanos republicanos. Como afirma Francesca Morgan, ellas percibían a este nacionalismo como un modo de honrar su fertilidad ya que de las mujeres dependía en gran parte la conversión de sus hijos en miembros de la comunidad nacional. Así, como estaban alejadas del proceso político, su influencia actuaba principalmente en el ámbito de lo cultural.²⁰ De este modo, en el periodo revolucionario surgió un concepto que en gran medida va a delimitar el rol político y cultural femenino en los Estados Unidos: la maternidad republicana. La misma es definida por Paula Baker de la siguiente manera:

¹⁷ Linda Kerber. “The Republican Mother: Women and Enlightenment – An American Perspective”, en *American Quarterly*; vol. 28, n.º. 2, verano de 1976, página 205.

¹⁸ Federación General de Clubes de Mujeres.

¹⁹ Citado en Helen Laville. *A Woman's Place in the Cold War: American Women's Organizations and*

International Relations, 1945-1965. Tesis de Doctorado, University of Nottingham, 1998, página 90. En <http://eprints.nottingham.ac.uk/13010/1/243635.pdf> Consultado el 2 de mayo de 2019.

²⁰ Francesca Morgan. *Women and Patriotism in Jim Crow America*; Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2005, páginas 2-4.

Las mujeres combinaron la actividad política, doméstica y el pensamiento republicano a través de la maternidad. Aunque alejada de la política formal, la maternidad era crucial: al criar mentes cívicas e hijos virtuosos, aseguraban la supervivencia de la república... Por medio de la maternidad, las mujeres intentaban compensar su exclusión del mundo de la política formal al convertir la autoridad moral en influencia política.²¹

El imaginario asociado a este concepto le otorgaba un rol político específico al ámbito doméstico, que era propiedad exclusiva de la mujer y el cual incluía no sólo al hogar sino también todo lo relacionado al cuidado de los hijos. Las mujeres, por lo tanto, podían poseer un rol político específico siempre y cuando su colaboración con la nación fuese aportada desde su lugar “natural” de la domesticidad. En consecuencia, tempranamente ya se definieron las tareas femeninas conformando la doctrina de las esferas separadas que determinaba cuáles eran los roles de género en dicha sociedad, perteneciendo el ámbito privado a las mujeres y el público a los hombres.

De todos modos, estos límites nunca fueron fijos ni estáticos como lo demuestran el movimiento feminista sufragista de finales del siglo XIX y principio del XX, el cual fundó en 1890 la *National American Woman Suffrage Association*,²² dirigida por mujeres como Susan B. Anthony, Carrie Chapman Catt y Anna Howard Shaw, entre otras. La Asociación luchó por la obtención del voto

femenino en Estados Unidos, conseguido finalmente en 1919 por Enmienda Constitucional.

Sin embargo, no debe dejar de mencionarse que en el mismo periodo existieron intelectuales feministas como Charlotte Perkins Gilman que promovían el pensamiento racista eugenésico y la importancia de la mujer a la hora de reproducir ciudadanos “sanos” tanto física como moralmente. Por otra parte, durante la Segunda Guerra Mundial el Estado incentivó una política de inserción laboral femenina en el mercado de trabajo ante la escasez de hombres. Una vez finalizado el conflicto bélico, se buscó retrotraer a las mujeres a su rol hogareño. Todo lo cual da cuenta de las ambivalencias recurrentes en torno a los roles de género.

Concretamente fueron las mujeres blancas conservadoras de clase media/alta, es decir el sector de la sociedad mayoritariamente representado por el sentido común de la maternidad republicana, las que principalmente se identificaron con la domesticidad. Por lo tanto, sus organizaciones no-gubernamentales fueron esenciales a la hora de materializar este imaginario en una práctica ya que como afirma Helen Laville, éstas eran entendidas como una extensión del hogar.²³ De este modo, estas mujeres encontraron en el anticomunismo un canal de expresión política pero siempre manteniendo las virtudes hegemónicas de la domesticidad femenina,

²¹ Paula Baker. “The Domestication of Politics: Women and American Political Society, 1780-1920”, en *The American Historical Review*; vol. 89, n.º. 3, junio de 1984, página 625.

²²Asociación Nacional de Mujeres Sufragistas Americanas.

²³ Helen Laville. *A Woman's Place...*, op. cit., página 56.

que cobraba un valor especial en periodos bélicos o en los que la Seguridad Nacional se veía amenazada.

Justamente las ansiedades del periodo relacionadas con la pérdida de valores familiares, significaron que los límites tradicionales entre lo público y lo doméstico se volvieran aún más difusos. En el marco de estos temores, la infiltración en las familias era entendida como el más peligroso y destructivo de los métodos comunistas. El principal peligro radicaba en el eslabón más débil: los niños. Ellos corrían un riesgo específico de ser manipulados, pervertidos y lastimados en la batalla por las mentes que Estados Unidos disputaba contra el comunismo. Los niños y niñas, entonces, corrían un especial peligro de ser cooptados por mentes “perversas” si sus madres no estaban plenamente atentas. Y como su cuidado era tarea exclusiva de las mujeres, eso condujo a que muchas de ellas se sintieran en la obligación de estar alertas frente a semejante amenaza. Y esto fue así porque ellas eran las garantes de los valores familiares que se suponía que los comunistas pretendían destruir para debilitar a la nación norteamericana en el corazón de lo que entendían como su superioridad moral frente a un enemigo materialista y ateo. En consecuencia, las mujeres son un factor fundamental del periodo por ser las encargadas de la protección tanto del hogar como de los niños y, en consecuencia, del sistema republicano.

Como explica la *Guide to Women's Organizations* publicada por la *Public Affair Press* en 1950, el aumento de organizaciones de mujeres

no significa que las mujeres estén dejando de lado su rol de amas de casa – lejos de eso. Significa, sin embargo, que llegaron a reconocer que en esos tiempos complicados, la verdadera preservación del hogar requería que todas las mujeres estuviesen informadas sobre los problemas de su tiempo y que participen en las actividades que se preocupaban de tales problemas.²⁴

En efecto, la ambivalencia entre el rol privado y público de la maternidad republicana se vuelve claramente visible durante este periodo ya que las organizaciones civiles fueron esenciales en la lucha contra el comunismo en Estados Unidos. Estas se cimentaban sobre el hecho de que el propio gobierno fomentaba la actividad ciudadana en el combate anticomunista interno. Al mismo tiempo se fortalecía la tradicional idea de que la vigilancia civil era un importante factor del sistema político norteamericano. En una carta de D. Eisenhower a Anna L. Strauss, presidente de la *League of Women Voters*,²⁵ el primer mandatario asegura que “si eventualmente nuestra ideología americana debe triunfar en el gran conflicto que está siendo librado entre los dos modos de vida opuestos, ésta debe tener el apoyo activo de miles de grupos privados e instituciones independientes y de millones de individuos”.²⁶

²⁴ Citado en Idem., página 56.

²⁵ Liga de Mujeres Votantes.

²⁶ Citado en Helen Laville. “The Committee of Correspondence: CIA Funding of Women's Groups,

1952-1967”, en *Intelligence and National Security*; vol.12, n°. 1, 2008, página 105.

En consecuencia, los valores tradicionales son los que activamente colaboraron en el ánimo anticomunista de estas mujeres “domésticamente politizadas” que encontraron este mecanismo para expresarse en una sociedad que mayoritariamente las excluía de las posiciones oficiales de poder. Por supuesto que estas agrupaciones conservadoras solían oponerse a la segunda ola del feminismo que empezó a desarrollarse durante la década de 1960 y por lo tanto preferían perpetuar sus roles tradicionales de género y era desde ese “feminismo doméstico”²⁷ que encaraban la tarea social y política desarrollada por sus asociaciones. Por lo tanto, “las sociedades de mujeres norteamericanas crearon una suerte de activismo cuasi-gubernamental para las mujeres, que les permitía evadir una confrontación directa con los roles de género sociales, culturales y políticos”.²⁸

De hecho, esta participación civil estaba acompañada de una mínima influencia y representación en cargos políticos oficiales.²⁹ Concretamente, su participación en asociaciones o clubes significaba para ellas una vía de acción política que no amenazaba su rol tradicional de buenas madres. En ese sentido, muchas de estas agrupaciones fueron un importante elemento conservador dentro del giro hacia la derecha que desde mediados del siglo XX fue desarrollándose en el ámbito

social y político estadounidense. Como bien confirma Mary Brennan,

A través de sus hojas informativas, la membresía de clubes, manifestaciones y cartas, las mujeres anticomunistas tuvieron éxito en educar y movilizar a grandes números de ciudadanos previamente inactivos. Su persistencia transformó a las amas de casa suburbanas en agentes políticos... Al alentar a las mujeres a sumar su esfuerzo político, las activistas utilizaban la retórica anticomunista para explicar muchos de los desafíos sociales del periodo. Era más sencillo que muchas mujeres blancas de clase media pensar en el emergente Movimiento de los Derechos Civiles en términos de subversión anticomunista que reconozcan la persistencia del racismo... Usar el anticomunismo para fortalecer una agenda de derecha demostró ser una técnica efectiva para las mujeres anticomunistas... Además, los esfuerzos de las mujeres ayudaron a exponer al electorado norteamericano en los objetivos y la retórica del movimiento conservador más amplio. Las mujeres se convirtieron en agentes clave de la evolución de la derecha.³⁰

Por otro lado, la cuestión de la higiene social también fue un elemento que colaboró en la conformación del imaginario conservador femenino. Como bien sugiere Joel Mokyr desde el siglo XIX la publicidad ocupó un rol fundamental en la divulgación de una

²⁷ Glenna Matthews. *Just A Housewife: The Rise and Fall of Domesticity in America*; Nueva York, Oxford University Press, 1987, página 160.

²⁸ Helen Laville. *Organized White Women and the Challenge of Racial Integration, 1945-1965*; Cham, Palgrave Macmillan, 2017, página 10.

²⁹ Exceptuando ejemplos como Margaret Chase Smith, que fue Representante y Senadora republicana de Maine desde 1940 hasta 1973.

³⁰ Mary Brennan. *Wives, Mothers and the Red Menace: Conservative Women and the Crusade against Communism*; Boulder, The University of Colorado Press, 2008, páginas 113-114.

concepción de la mujer como garante de la higiene ya que “el mensaje fundamental enviado a las amas de casa por los agentes publicitarios era el de responsabilidad personal. Si sus hijos fallaban en crecer adecuadamente o se enfermaban, si su marido era infeliz, si ella misma envejecía antes de tiempo, la culpa era del ama de casa”.³¹ En ese sentido, se fue colocando a la mujer en una posición de garante de la higiene y la limpieza en el hogar familiar.

Desde mediados del siglo XIX existieron asociaciones voluntarias de mujeres que se encargaron de fomentar la higiene en pueblos y ciudades con el objetivo de evitar brotes epidémicos. Esto denota la necesidad de que la limpieza sea social además de privada. Los norteamericanos, pues, comenzaron a considerar que su conciencia sobre la higiene era un valor singular que los caracterizaba. De este modo, en un contexto de una elevada tasa inmigratoria de personas de bajos recursos y cultura, sobre todo en lo relacionado a la higiene, “la limpieza se volvió algo más que un medio para prevenir epidemias y hacer de las ciudades lugares habitables – se convirtió en una ruta hacia la ciudadanía, un modo de hacerse estadounidense. Era, en efecto, una confrontación con forasteros raciales y culturales que transformó a la limpieza de una preocupación por el bienestar público en una cuestión moral”.³²

En consecuencia, a la mujer blanca de clase media se la identificó con la pulcritud, uno de

los atributos que Barbara Welter bien define como los depositarios de una “verdadera feminidad” según la concepción del siglo XIX junto con la piedad, la pureza, la sumisión y la domesticidad. Tales atributos significaban a la mujer como proclive a una moralidad derivada de su piedad religiosa y de su mayor sensibilidad e inocencia comparada con los hombres – por eso mismo se suponía que una esposa y, sobre todo, una madre constituían el opuesto a las perversiones del libertinaje sexual y moral.³³ Su éxito en tales misiones sería juzgado por el resto de la sociedad, otorgándoles un valor social positivo o negativo según el éxito o fracaso en relación a su rol de madres, esposas y, por lo tanto, “verdaderas mujeres”.

Bajo estos parámetros surgió lo que se conoció como economía del hogar (*home economics*). Esta nueva especialización con pretensión científica y encarada mayoritariamente por mujeres – siendo Catherine Beecher una de las pioneras en el siglo XIX y continuada por Christine Frederick y Martha Stewart en el XX –, enseñaba a las mujeres a cumplir con su rol de la manera más efectiva posible, siempre en concordancia con el modelo industrial imperante en los Estados Unidos. De este modo, “los asesores domésticos... educaron a las mujeres de clase media sobre cómo la ciencia es capaz de volver a sus casas más seguras y cómo, entonces, sus casas podían convertirse en un

³¹ Joel Mokyr. “Why «More Work For Mother» Knowledge and Household Behavior, 1879-1945”, en *The Journal of Economic History*; vol. 60, n.º. 1, marzo de 2000, página 29.

³² Suellen Hoy. *Chasing Dirt: The American Pursuit of Cleanliness*; Nueva York, Oxford University Press, 1995, página 87.

³³ Barbara Welter. “The Cult of True Womanhood: 1820-1860”, en *American Quarterly*; vol. 18, n.º. 2, 1966, páginas 151-152.

mejor activo para la sociedad en general”.³⁴ El presupuesto detrás de esto era que el bienestar y el progreso en el hogar implicarían lo mismo a nivel social.

Ciertamente, esta imagen se consolida a mediados del siglo XX en el contexto de surgimiento de la sociedad de consumo derivado del crecimiento económico y demográfico de posguerra. Las mujeres eran, en efecto, un importante actor de consumo ya que eran las encargadas de las compras del hogar. La publicidad tanto de alimentos como de productos de limpieza estaba mayoritariamente destinada a ellas. Como afirma Mary Brennan, “era raro que los comerciales mostraran a la mujer como algo diferente a un ama de casa obsesionada con la limpieza, una madre protectora de sus hijos o a una joven belleza buscando el amor... constantemente las mujeres oían que debían sentirse felices y realizadas con su rol de madre y esposa”.³⁵ Se fue afianzando así la imagen estereotipada del ama de casa suburbana feliz en un hogar pulcro y con niños sanos gracias a su propio esfuerzo a la hora de mantener la higiene del lugar – imaginario que tiene que estar impregnado en la sociedad de un modo u otro para que la publicidad sea efectiva.

En consecuencia, se reafirma que el ámbito político femenino es el hogar y que, por lo tanto, limpiar la suciedad no sólo era eliminar gérmenes, sino también a las amoralidades

sociales como el comunismo y la integración racial. No cabe duda de ello cuando el Director del FBI, J. Edgar Hoover se refería al comunismo como si se tratara de una patología. En 1954 afirmó que “el comunismo, en realidad, no es partido político. Es un modo de vida – un modo de vida maligno. Revela una condición similar a una enfermedad que se expande como una epidemia; y como una epidemia, la cuarentena es necesaria para evitar que infecte a la nación”.³⁶

Por otra parte, la propagación masiva de electrodomésticos y de la comida enlatada y congelada, en un contexto de crecimiento económico que aumentó la clase media al hacer posible que más familias accedieran a estos bienes, significó que la mujer pudiera comenzar a hacer todas las labores de la casa por su cuenta. De hecho, las clases medias disminuyeron el empleo de criados domésticos, lo que como contracara representó un considerable aumento de la cantidad de trabajo que se depositaba sobre el ama de casa. Ahora ella debía encarar sola tales tareas si quería demostrar su valor social. Ocurrió, así, la paradoja descrita por Ruth Schwartz:

El advenimiento de los lavarropas y los lavavajillas ha eliminado los quehaceres que los hombres y los niños acostumbraban a realizar al igual que los trabajadores accesorios que en su momento estaban dispuestos y disponibles para asistir en el trabajo. El

³⁴ Sarah Leavitt. *From Catherine Beecher to Martha Stewart: A Cultural History of Domestic Advice*; Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2002, página 41.

³⁵ Mary Brennan. *Wives, Mothers and...* op. cit., página 25.

³⁶ J. Edgar Hoover. *Speech before the House Un-American Activities Committee*, 26 de marzo de 1947.

En www.voicesofdemocracy.umd.edu/hover-speech-before-the-house-committee-speech-text/

Consultado el 22 de noviembre de 2018.

resultado final es que aunque el trabajo sea más productivo... y menos laborioso de lo que solía ser, para la mayoría de las amas de casa éste les consumía la misma cantidad de tiempo y era igual de demandante.³⁷

Entonces, ser ama de casa significaba estar dedicada exclusivamente a ser una buena madre y también una buena ciudadana, entendiendo ambos conceptos como complementarios y directamente proporcionales en el sentido que cuando una mujer más trabajara en el hogar más estaría dedicada a sus hijos y, por lo tanto, sería una mejor ciudadana.

Feminismo populista y racismo

El clásico libro de Betty Friedan *The Feminine Mystique* (La mística femenina), publicado en 1963, fue uno de los principales escritos que describía a la estereotipada figura del ama de casa de las décadas de 1950 y 1960. Friedan, oponiéndose a las enseñanzas de la economía doméstica, se centró en la insatisfacción de esas amas de casa, que estaban bajo el embrujo de una “mística” que la imagen estereotipada les vendía:

Ya no es posible ignorar la voz, desechar la desesperación de tantas mujeres norteamericanas. Esto no es lo que significa ser una mujer, no importa lo que digan los expertos... No acepto la respuesta de que no existe un problema porque las mujeres estadounidenses poseen lujos que las mujeres de otros

tiempos y otros lugares nunca han imaginado... el problema que no tiene nombre y que afecta las mentes de tantas mujeres norteamericanas el día de hoy no es una cuestión de pérdida de feminidad o de un exceso de educación en las demandas de lo doméstico... Puede perfectamente ser la clave de nuestro futuro como nación y como cultura. No podemos ignorar más la voz interior de las mujeres que dice «Quiero algo más que mi marido y mis hijos y mi hogar».³⁸

Este libro manifestó las tensiones y contradicciones latentes entre las mujeres blancas de clase media puesto que, si bien muchas de ellas se sintieron identificadas, tantas otras resolvieron la “mística” volcándose hacia la tradicional imagen de la maternidad republicana.

Por otra parte, la misma Friedan fundó en 1966 la *National Organization for Women* (NOW),³⁹ institución feminista que lucha por los derechos de las mujeres pero que también apeló a la organización civil femenina como método de lucha por la obtención de cargos políticos oficiales. Los principios de la organización expresan las tensiones hasta aquí mencionadas entre igualdad femenina y masculina en el ámbito público al mismo tiempo que enfatizan en que los avances técnicos no deberían esclavizar más a la mujer al hogar, sino todo lo contrario:

El propósito de la NOW es tomar acción para llevar completa participación a las mujeres dentro de la sociedad estadounidense actual, ejerciendo todos

³⁷ Ruth Schwartz Cowan. *More Work For Mother: The Ironies of Household Technology from the Open Hearth to the Microwave*; Nueva York, Basic Books, 1983, página 201.

³⁸ Betty Friedan. *The Feminine Mystique*; Nueva York, Dell Book, 1974, página 21.

³⁹ Organización Nacional de Mujeres.

los privilegios y responsabilidades en verdadero compañerismo con los hombres... Nos organizamos para iniciar o apoyar la acción, nacionalmente o en cualquier parte de esta nación, por individuos u organizaciones, para romper la cortina del prejuicio y la discriminación contra las mujeres en el gobierno, la industria, las profesiones, las iglesias, los partidos políticos, la justicia, los sindicatos, en la educación, la ciencia, la medicina, la ley, la religión y todo otro campo de importancia en la sociedad americana... Hoy en día la tecnología ha reducido la mayoría de los quehaceres productivos que las mujeres solían realizar en la casa y en la producción masiva industrial... En vistas de esta nueva revolución industrial... las mujeres pueden y deben participar en los viejos y nuevos campos de la sociedad con completa igualdad — o convertirse en permanentes intrusas... Deben negarse a estar segregadas bajo la base del sexo como auxiliares en los partidos políticos y deben demandar representación de acuerdo con su número en los comités de los partidos constituidos... y en la estructura de poder informal, participando plenamente en la elección de candidatos y las decisiones políticas y poseyendo cargos para ellas mismas.⁴⁰

Los reclamos de Friedan y su círculo no fueron capaces de englobar bajo su institución a todas las agrupaciones femeninas, especialmente a las conservadoras. Como se mencionó, éstas continuaban insertas en la ambivalencia de la maternidad republicana, que las interpelaba a actuar desde su mero rol

de madres y, por lo tanto, desde los márgenes del ámbito público, del cual incluso desconfiaban. Un claro ejemplo de esto fue la organización *Mother's Crusade for Victory Over Communism*⁴¹ con sede en Mesa, Arizona. Dicha organización fue fundada por un grupo de madres cuya principal intención era detener los conflictos armados norteamericanos en los países comunistas. En una carta abierta a los Senadores y Representantes del país, la organización expuso que:

Nosotras, las madres de Estados Unidos estamos seguras de que el escenario para la Tercera Guerra Mundial está siendo forjado por las Naciones Unidas y por consiguiente apelamos a ustedes y contamos con su ayuda para detener esto... No sabemos exactamente qué medida legal puede adoptarse, pero sabemos que de algún modo la política bélica motivada por la ONU debe terminar... Los muchachos estadounidenses no pueden negarse a servir cuando son conscriptos para pelear las guerras de las Naciones Unidas, pero sus madres pueden hacerle saber a sus líderes de manera inequívoca que se oponen violentamente a que sus hijos sean enviados a combatir en más guerras de la ONU... El Senado ha abdicado nuestra soberanía nacional... a favor de una organización del gobierno mundial controlada y dirigida bajo los mandatos del Tratado de las Naciones Unidas. Este Tratado, en nuestra opinión, no es un tratado, si no la constitución de un gobierno mundial.⁴²

⁴⁰ En <https://now.org/about/history/statement-of-purpose/> Consultado el 7 de Agosto de 2019

⁴¹ Cruzada de Madres por la victoria sobre el comunismo.

⁴² *Why Do We Help Communism to Kill Our Sons?* En Edward Greb Collection (Box 15), Kansas Collection,

Esta crítica las Naciones Unidas era típica de los sectores norteamericanos más conservadores y populistas de derecha que suponían que el gobierno estaba sometándose a los intereses de las Naciones Unidas, vista como una institución internacionalista. Por supuesto, la extrema derecha era la que realizaba críticas más radicales en ese sentido.

En particular, California fue una importante médula del conservadurismo femenino de la segunda posguerra, como bien lo demuestra Michelle M. Nickerson en su descripción del “feminismo populista” local.⁴³ Con centro en el área de Los Ángeles, estas feministas populistas sentían una profunda desconfianza hacia las elites gobernantes ya que, como resabios del macartismo, creían estar siendo víctimas de conspiraciones políticas. En tal sentido,

trabajaban en conjunto con activistas de todo el país, muchas del Sur, para formar un discurso anticomunista común de protesta contra el movimiento por los derechos civiles. La literatura que circulaba entre ellas cultivaba el lenguaje de los *derechos de los estados*,⁴⁴ el internacionalismo, la nacionalización y otros temas que expresaban interpretaciones compartidas de las fuerzas forjando la transformación racial en Estados Unidos.⁴⁵

Por otra parte, muchas de estas mujeres entendían su participación política en términos religiosos,⁴⁶ tal como la retórica oficial de la Guerra Fría significaba el conflicto bipolar – el bien contra el mal. De ahí la importancia del anticomunismo cristiano entre la derecha conservadora del periodo. Se entiende, por lo tanto, el hecho de que *Christian Identity*, como una versión extremista y más irracional que el centro cristiano conservador hegemónico, haya podido expresarse en tales circunstancias socio-culturales en un distrito como Los Ángeles, donde estas cuestiones estaban en plena efervescencia.

El caso de Wesley Swift, si bien es uno entre tantos otros, resulta útil por su extremismo teológico a la hora de explicar al comunismo desde un antisemitismo y un racismo sumamente radical. En ese sentido su visualización ejemplifica el nivel de radicalización que podía alcanzar la maternidad republicana de las décadas de 1950 y 1960 y el rol de la mujer blanca conservadora de clase media como sostén de la cultura patriarcal, capitalista y racista hegemónica.

Aunque no se pretende presentar aquí un panorama completo de la teología de *Christian Identity*, resulta necesario explicitar sus principios básicos para poder contextualizar el grado de extremismo que presenciaban las mujeres que asistían a sus

RH WL MS 29, Kenneth Spencer Research Library, University of Kansas Libraries.

⁴³ Michelle M. Nickerson. *Mothers of Conservatism: Women and the Postwar Right*; Princeton, Princeton University Press, 2012. El libro detalla el populismo al que apelaban estas mujeres californianas durante las décadas de 1950 y 1960, poniendo el foco en el discurso contra las Naciones Unidas.

⁴⁴ Concepto que hace referencia a la supremacía de los derechos estatales por sobre los federales a partir del supuesto de que cuando más chico es el gobierno, mejor es su capacidad de representación de la voluntad ciudadana.

⁴⁵ Michelle M. Nickerson. *Mothers of Conservatism...*, op. cit., página xxi.

⁴⁶ Idem, página 46.

servicios religiosos. Lo principal es que la teología *Identity* se centra en la cuestión racial para explicar el vínculo existente entre Dios y su pueblo elegido, que entiende constituido únicamente por la “raza blanca”, la cual posee un vínculo biológico real con los israelitas originales ya que éstos habrían sido los primeros hombres blancos creados por Dios. Fue como consecuencia de la rebelión de Lucifer que los hombres blancos, poseedores de la esencia divina, aceptaron voluntariamente encarnar en la tierra para reproducir allí el conflicto macro-cósmico entre Dios y el diablo.⁴⁷ Por lo tanto, Swift describe a su audiencia como “extranjeros y peregrinos en la Tierra. Ustedes no son de este mundo y aun así... ustedes son la luz del mundo”.⁴⁸ Para mantener esta pureza, entonces, los “hijos de Dios” deben evitar mezclarse con las personas que no pertenecen a la “raza adámica”, es decir negros, latinos y asiáticos, quienes constituyen una categoría espiritual diferente por ser seres preadamitas, es decir que su establecimiento en la tierra fue previo al de Adán y Eva.

Por último, existe una tercera clase de seres cuya esencia espiritual es cualitativamente diferente debido a que, según Swift, son los hijos biológicos de Satán. Estos seres son los judíos, descendientes de Caín – primogénito

de Lucifer. Es su condición de “hijos del diablo” la que los vuelve sumamente peligrosos por ser los creadores y divulgadores de una doctrina “satánica” como el comunismo. De este modo, los judíos son el principal enemigo escatológico de los “israelitas blancos”. En consecuencia, Swift augura la cercanía del Armagedón, al que entiende como un enfrentamiento armado (y nuclear) directo entre la progenie divina y satánica. No tiene dudas de que el triunfo está asegurado por Dios para sus “hijos blancos”, con un especial rol otorgado a los Estados Unidos quien liderará la batalla liberando al resto de la humanidad blanca del globo.⁴⁹

Este discurso, que no estaba ajeno al clima de época que atravesaba la sociedad estadounidense, pudo perfectamente haber sido consumido por mujeres locales ya que, en definitiva, una subcultura femenina conservadora estaba surgiendo a partir de la ideología doméstica del ama de casa – sin olvidar que desde las décadas de 1930 y 1940 muchas mujeres se sumaron a las cruzadas populistas anti-elitistas desde un fervoroso antisemitismo, siendo Elizabeth Dilling la principal de ellas.⁵⁰ La oposición a la ONU es gran prueba de ello.

El discurso de Wesley Swift se opone a las políticas internacionales de las Naciones Unidas, institución que considera un

⁴⁷ Wesley Swift. *Great Spiritual Treasures of Your Race*. 21 de enero de 1961. Todos los sermones de Swift aquí citados se encuentran en <https://saxonnessenger.christogenea.org/pdf-authors/wesley-swift> Consultado el 11 de mayo de 2019.

⁴⁸ Idem.

⁴⁹ Para saber más sobre la doctrina de *Christian Identity*, ver Michael Barkun. *Religion and the Racist Right: the Origins of the Christian Identity Movement*; Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1997.

⁵⁰ Elizabeth Dilling (1894-1966) fue una música estadounidense que promulgó las teorías de la conspiración judeo-bolchevique luego de haber viajado a la Unión Soviética durante la década de 1930. Su principal libro, en el que recopila “pruebas” sobre dicha conspiración es *The Plot Against Christianity* (1953). La misma conforma una de las principales obras dentro del corpus de literatura antisemita norteamericana.

instrumento de la conspiración judeo-comunista activa en Estados Unidos: “las Naciones Unidas son un plan de la Serpiente salido de un hueco de la Serpiente. Y constituye el nido de la Serpiente en los Estados Unidos de hoy en día. Por lo tanto, el control de las Naciones Unidas es judío. Poseo material gubernamental y otra información para sostener el hecho de que los rusos, los comunistas, controlan prácticamente todos los niveles de las Naciones Unidas”.⁵¹ Sobre esta conspiración, Swift asegura que “cuando hablas de comunismo es el comunismo mundial y el judeo-comunismo. Y éstos no deben nunca estar separados. Es el comunismo judío, los hijos de Lucifer, guiando y dirigiendo el programa del anti-Cristo para derrotar a las naciones cristianas, en su intento de conquistar el mundo para Lucifer como una estrategia permanente”.⁵²

Por supuesto, Swift relaciona todo esto con el principal interés de su audiencia femenina, es decir el peligro al que están sometidos los niños:

esta conspiración judía dice que ellos deben remover la conciencia de sus hijos, quitando la idea del bien y del mal... Tengo aquí la declaración de un psiquiatra que argumenta que una de las cosas más importantes que debemos hacer es liberar a nuestros hijos de cualquier influencia que hayan recibido de padres, maestros de la escuela dominical, políticos y curas, periódicos u otros intereses que nos estén

controlando... quitarles todos estos miedos... porque ustedes se convertirán en dioses... ¿Recuerdan?... Debemos romper el poder impuesto por la familia y la lealtad nacional y quitar de los niños estas ideas que les han sido enseñadas... ellos poseen una herencia gloriosa e intelectual... Mal guiados por lealtades a la religión, atormentados por todas estas supuestas ideas correctas, confundidos por las incertidumbres de nuestros tiempos, todos estos niños se vuelven mentalmente defectuosos y retardados.⁵³

En relación a las ansiedades femeninas derivadas de la integración racial, Wesley Swift afirma que “Dios no solo no es un integracionista, sino que su plan para el mundo es la segregación y la preservación de la especie”.⁵⁴ Swift le asegura a sus oyentes blancos que “uno de estos días no habrá negros en la tierra... La Biblia evidencia que todos los seres serán restaurados al lugar en que estaban previamente a la caída de Lucifer. Y ellos [negros] no fueron creados en la Tierra y no descienden de Adán”.⁵⁵

Particularmente las mujeres blancas estaban en contra de la integración racial debido al mito de la violación que era tan común desde la abolición de la esclavitud. Éste respondía al imaginario que describía a los negros como voraces depredadores sexuales cuyas principales víctimas eran las supuestamente indefensas mujeres blancas. Como afirma Lisa Lindquist Dorr,

⁵¹ Wesley Swift. *Devil's Hand in Your Pocket*. 23 de junio de 1963.

⁵² Wesley Swift. *Weighed in the Balances*. 4 de noviembre de 1962.

⁵³ Wesley Swift. *The Modern Witch Doctor*. 14 de octubre de 1962.

⁵⁴ Wesley Swift. *Understanding Equality*. 21 de enero de 1963. Wesley Swift tenía una simpatía personal por el KKK, al cual describía con buenos términos en sus sermones. Además, en 1946 brindó un servicio religioso ante un grupo de hombres que intentaron refundar a la organización en Los Ángeles.

⁵⁵ Wesley Swift. *We Are Not Alone*. 4 de abril de 1964.

los blancos se convencieron de que, al robar relaciones sexuales con mujeres blancas, los hombres negros estaban intentando aprovechar los privilegios patriarcales y el poder social que la sociedad sureña le otorgaba a los hombres blancos. Para los blancos, responder a los supuestos asaltos sexuales de los negros era tanto un medio de control social como una manera de asegurar la supremacía blanca... El mito de la violación, basado en el rol de la mujeres como guardianes simbólicos de la pureza y la virtud blanca, le brindaba a las mujeres una considerable habilidad de acusar a los hombres negros de violaciones y de demandar que los hombres blancos les provean protección por medio de la venganza.⁵⁶

Este imaginario, desarrollado sobre todo en el Sur, cargó a las mujeres blancas de temores al mismo tiempo que fomentaba su necesidad de defensa masculina y apelaba a la maternidad como responsabilidad de protección de los hijos. Eran especialmente las niñas blancas las que corrían peligro si la integración racial en los colegios y en los demás ámbitos públicos continuaba avanzando. Por eso mismo ocurre que “el foco en la supremacía blanca y la inferioridad negra servía para oscurecer potentes jerarquías de clase y género... la solidaridad racial presente en la retórica de la protección de las mujeres blancas, significaba la subordinación invisible de la mujer bajo el patriarcado y la falta de poder social, económico y político de los blancos pobres”.⁵⁷

Toda esta concepción representa, en definitiva, las tensiones de raza, género y clase y el modo en el que se entrecruzan en la sociedad estadounidense como relaciones desiguales de poder invisibilizadas sobre todo por la noción de raza. El resto de las variables parecen subordinarse a ésta ya que la clase pareciera no existir puesto que los blancos más pobres – descalificativamente denominados *white trash*⁵⁸ – sienten estar integrados en el *american way of life* por su condición racial, aunque se le nieguen los mismos derechos socio-económicos y políticos que a los blancos ricos. Al mismo tiempo, las mujeres aceptan el rol subordinado presente en el imaginario popular de su incapacidad de defensa ante el avance de la integración racial. De este modo, el racismo ha sido un sostén fundamental del sistema hegemónico blanco, capitalista y patriarcal ya que, en última instancia, la supremacía blanca detrás de los valores del excepcionalismo estadounidense fundamenta tanto el feminismo populista más extremo como sirve de acompañamiento de una maternidad republicana blanca de clase media y media-alta.

Conclusión

Debido a la crisis de identidad que atravesaba la hegemonía blanca norteamericana a principios de la Guerra Fría, ésta apeló al tradicional sistema de valores que sostenía dicha condición hegemónica excepcionalista. La misma estaba sustentada de manera tal

⁵⁶ Lisa Lindquist Dorr. *White Women, Rape & the Power of Race in Virginia, 1900-1960*; Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2004, página 6.

⁵⁷ Idem, páginas 180-181.

⁵⁸ Basura blanca.

que atravesaba las categorías de raza, género y clase como relaciones desiguales de poder. Por lo tanto, el avance de la integración racial y del comunismo interno era visto como una amenaza a los cimientos de tal sostén. El fenómeno del crecimiento de la extrema derecha durante este periodo refleja la reacción de cierta parte de la población blanca a estos acontecimientos y, particularmente, ejemplifica el lugar que ocupaban las mujeres blancas conservadoras que, si bien se encontraban en una posición hegemónica en cuanto a su condición de clase y raza, estaban subordinadas por su género.

Esta situación queda perfectamente evidenciada en las publicidades de productos del hogar de la época. Tomando su materia prima del material significativo presente en la sociedad, estas publicidades se reapropian del fenómeno del feminismo doméstico al mismo tiempo que lo retroalimentan enfatizando la hegemonía patriarcal. La mujer permanece, así, en un rol político subordinado, ligado al hogar, a los niños y a la limpieza. Se resignifica el imaginario de la maternidad republicana de modo tal de que se aplique a la coyuntura específica del siglo XX y al uso de las nuevas tecnologías domésticas. La mujer, pues, es interpelada como la encargada de mantener la higiene tanto física como mental y espiritual de sus hijos – y por ende de la nación – mediante un proceso de “desinfección” social que reproduzca la limpieza y pulcritud del hogar.

Pero al mismo tiempo, la participación de muchas mujeres en agrupaciones civiles de diferente índole refleja el dinamismo de la tensión entre el ámbito privado y la ciudadanía pública. De ahí que la amenaza

roja y negra, al ser vista como gérmenes sociales, debía ser erradicada no sólo desde la política masculina, sino también desde el lugar femenino de la domesticidad. Los clubes y asociaciones voluntarias de mujeres fueron un ámbito que reproducía la lógica de la vigilancia doméstica, permitiendo a estas mujeres materializar su politización en pos de la defensa de los valores del patriarcado blanco al mismo tiempo que trataban de evadir la “mística femenina” a la que se refiere Friedan.

BIBLIOGRAFÍA

- Baker, Paula. “The Domestication of Politics: Women and American Political Society, 1780-1920”, en *The American Historical Review*; vol. 89, nº. 3, junio de 1984, páginas 620-647.
- Bell, Daniel. “The Dispossessed”, en Bell, Daniel (ed.), *The Radical Right*; New Brunswick, Transaction Publishers, 2008.
- Brennan, Mary. *Wives, Mothers and the Red Menace: Conservative Women and the Crusade against Communism*; Boulder, The University of Colorado Press, 2008.
- Engelhardt, Tom. *El fin de la cultura de la victoria. Estados Unidos, la Guerra Fría y el desencanto de una generación*; Barcelona, Paidós, 1997.

- Friedan, Betty. *The Feminine Mystique*; Nueva York, Dell Book, 1974.
- Gillespie, Elizabeth. "White Womanhood, White Supremacy, and the Rise of Massive Resistance", en Webb, Clive (comp.), *Massive Resistance: Southern Opposition to the Second Reconstruction*; Nueva York, Oxford University Press, 2005, páginas 181-196.
- Hoy, Suellen. *Chasing Dirt: The American Pursuit of Cleanliness*; Nueva York, Oxford University Press, 1995.
- Kerber, Linda. "The Republican Mother: Women and Enlightenment – An American Perspective", en *American Quarterly*; nol. 28, n.º. 2, verano de 1976, páginas 187-205.
- Johnson, Lesley y Lloyd, Justine. *Sentenced to Everyday Life: Feminism and the Housewife*; Nueva York, Berg, 2004.
- Laville, Helen. "The Committee of Correspondence: CIA Funding of Women's Groups, 1952-1967", en *Intelligence and National Security*; vol.12, n.º. 1, 2008, páginas 104-121.
- Laville, Helen. *Organized White Women and the Challenge of Racial Integration, 1945-1965*; Cham, Palgrave Macmillan, 2017.
- Laville, Helen. *A Woman's Place in the Cold War: American Women's Organizations and International Relations, 1945-1965*; Tesis de Doctorado, University of Nottingham, 1998.
- Leavitt, Sarah. *From Catherine Beecher to Martha Stewart: A Cultural History of Domestic Advice*; Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2002.
- Lindquist Dorr, Lisa. *White Women, Rape & the Power of Race in Virginia, 1900-1960*; Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2004.
- Matthews, Glenna. *Just A Housewife: The Rise and Fall of Domesticity in America*; Nueva York, Oxford University Press, 1987.
- McEnaney, Laura. *Civil Defense Begins at Home: Militarization Meets Everyday Life in the Fifties*; Princeton, Princeton University Press, 2000.
- Mokyr, Joel. "Why «More Work for Mother» Knowledge and Household Behavior, 1879-1945", en *The Journal of Economic History*; vol. 60, n.º. 1, marzo de 2000, páginas 1-41.
- Morgan, Francesca. *Women and Patriotism in Jim Crow America*; Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2005.
- Nickerson, Michelle M. *Mothers of Conservatism: Women and the Postwar Right*; Princeton, Princeton University Press, 2012.
- Schwartz Cowan, Ruth. *More Work for Mother: The Ironies of Household*

Technology from the Open Hearth to the Microwave; Nueva York, Basic Books, 1983.

Welter, Barbara. "The Cult of True Womanhood: 1820-1860", en *American Quarterly*; vol. 18, nº. 2, 1966, páginas 151-174.

